

te para conferenciar durante la noche sobre el particular con su consejo, lo cual se le concedió no sin inquietud. Despues de esto dijo, que la importancia y la naturaleza misma del asunto exigian una asamblea general de la nacion.

Tenia consigo tropas numerosas, por lo que al ver tantas tergiversaciones é indicios de mala fé, se debia temer algo mas que intriga (1). Las gentes de la comitiva del Papa, además de parecerles que la dignidad Pontificia estaba comprometida, se acordaron de repente, y no sin sobresalto, de la perfidia y violencias que Enrique en igual ocasion habia usado con el Papa Pascual. Asi que, creyendo que Calisto no estaba seguro en el castillo de Muson, bajo la guardia poco respetable del arzobispo de Reims á quien pertenecia esta fortaleza, le hicieron pasar precipitadamente á una fortaleza inmediata perteneciente al conde de Troyes. Continuando todavia la inquietud y susto, al dia siguiente, que era domingo, salió Calisto antes de amanecer, y caminó con tanta diligencia, que en el mismo dia celebró misa en Reims, distante veinte leguas, despues de lo cual se halló tan incomodado que por dos dias tuvo que suspender los asuntos del concilio.

Por fin, el miércoles 29 de octubre hizo leer los cinco cánones que habia formado contra la simonia, las investiduras, las usurpaciones de los bienes eclesiásticos, la incontinencia de los clérigos, y contra los que dejaban sus beneficios por derecho de herencia, ó exigian retribuciones tanto por la administracion de sacramentos como por la sepultura. Estos decretos fueron recibidos en su mayor parte con general aplauso; pero el de las investiduras, por el contrario, escitó disputas tan vivas que la

(1) Tom. 10 Concilior. pag. 880.

sesion duró hasta la noche sin poderlas terminar. El decreto estaba concebido en estos términos: «prohibimos absolutamente recibir de una mano legítima la investidura de ninguna iglesia, ni de bien eclesiástico alguno.» Los señores creyeron que se pretendia quitarles de este modo los derechos de patronato, los feudos eclesiásticos y los diezmos que poseían desde largo tiempo, y esta fué la razon porque el Papa modificó este artículo, limitando el canon, que fué leído y recibido al dia siguiente, á la prohibicion de las investiduras de los obispados y abadías. Luego que todo el mundo pareció estar satisfecho, se trajeron cuatrocientas veintisiete velas de cera para otros tantos obispos y abades que estaban presentes: despues Oldegario de Barcelona, prelado dotado de virtudes que le han hecho merecer el título de Beato, trató con tanta sabiduría como elocuencia de la distincion entre el poder Real y el sacerdocio; y así que concluyó, el Papa fulminó el anatema contra el antipapa Burdino y su fautor: en el mismo instante, estremeciéndose todos los espectadores de un religioso espanto, cada prelado apagó su vela segun la costumbre antigua. Los obispos que en este concilio se distinguieron mas por su capacidad, y que eran seguramente los hombres mas sábios de su tiempo, fueron Guillelmo de Chalons ó de Champeaux, Gerardo de Angulema, Atton de Viviers y Geofredo de Chartres.

Durante la celebracion del concilio de Reims se presentó San Norberto en esta ciudad á pedir al Papa Calisto la confirmacion de las Letras que habia obtenido de Gelasio. Los frutos de su predicacion desde que habia sido autorizada con el sello de la bendicion apostólica, eran prodigiosos. Al volver á su pais habia tomado tres compañeros para recoger con mas abundancia la feliz cosecha que se presentaba por todas partes á su celo; pero cayeron enfermos y

murieron todos tres en Valencienes (1). Estando él detenido aquí por este contratiempo, llegó á la misma ciudad Buchard, obispo de Cambray, tan conocido y amigo de Norberto en el mundo, que este no pudo dispensarse de ir á visitarle. Presentósele como se hallaba, esto es, con su mal vestido de lana blanca y los pies descalzos, aunque era insoportable el frio: despues de algunos discursos el obispo le conoció, y no pudiendo contener sus lágrimas se le arrojó al cuello, exclamando: ¡ah Norberto, quién hubiera esperado jamás esto de tí! Hallábase presente un hombre de bien, llamado Hugo de Foses, que tenia deseos de dejar el mundo, aunque todavia no se habia declarado á nadie; y viendo al prelado tan conmovido con la presencia de aquel pobre, se acercó poco á poco al obispo y le preguntó: ¿qué significaba aquello? «El hombre que veís en este estado, respondió Buchard, ha sido educado conmigo en la corte del emperador: es de ilustre nacimiento, y gozaba de tan alto favor que, porque él no le ha querido, tengo yo el obispado que poseo.» Hugo se decidió inmediatamente, y poco despues fué á buscar al Santo, á quien se unió para siempre.

Luego al punto salieron á recorrer los campos, los castillos y las ciudades, predicando con un fruto prodigioso, principalmente contra los odios mortales que asolaban aquellas provincias. Eran tan venerados que los pastores y trabajadores del campo, así que los veían, lo dejaban todo para ir á anunciar su llegada: se tocaban las campanas, concurrían en tropel á la iglesia, asistían con compuncion á la misa, ó á las dos misas que Norberto decia por lo comun segun el uso antiguo, y despues escuchaban como si Dios mismo hablara, tanto el sermón como la conferencia que acostu-

(1) VII. S. Norber. ap. Bolland.

braba á tener despues sobre las obligaciones prácticas de los diversos estados. Al anochecer llevaban á los dos apóstoles á su alojamiento, teniéndose por muy feliz el que conseguia recibirlos en su casa: unos tomaban la rienda del asno que traía el equipage reducido á lo necesario para la misa, con el salterio y algunos libros instructivos, otro se llevaba el conductor de la bestia, y todos á porfia buscaban lo mejor que tenían para regalar á sus santos huéspedes. Pero Norberto, sentándose en la tierra como si se hubiese criado con aquellas buenas gentes, comía sobre sus rodillas las cosas mas comunes, no usando de otro ingrediente para sazonarlas que la sal y no bebiendo mas que agua. No recibía ningun regalo, temiendo, como un escándalo y un verdadero oprobio, parecer capaz de moverse por un pequeño interés despues de haber renunciado todas las riquezas de su primera fortuna, de que no se acordaba sino en tales ocasiones.

No obstante, cuando algun obispo ó abad le obligaban á comer con ellos, tenia mucho cuidado de evitar la singularidad, y no se distinguía de los demas convidados sino en la sobriedad. Estos prelados lo llenaban de honores, y le convidaban á predicar en sus iglesias y en sus capitulos, donde despues se le proponían muchas cuestiones, por lo comun delicadas, empeñándose algunos en verle como cortado fingiendo instruirse. Norberto, acostumbrado á vivir en la corte, y superior á la mayor parte de aquellos antagonistas, tanto en la ciencia del mundo como en el conocimiento de los caminos de Dios, penetraba sin trabajo su malignidad; pero teniendo oculta la prudencia de la serpiente y no manifestando mas que la sencillez de la paloma, sin equivocarse continuaba combatiendo los vicios y haciendo muy comúnmente de sus propios mofadores penitentes ejemplares.

Llegó á Reims al principio del concilio; pero el Papa estaba ya tan agoviado de negocios y de cuidados, que el humilde penitente despues de tres dias de diligencias desesperó de poder conseguir audiencia y tomó el partido de volverse. A poca distancia de la ciudad encontró á Bartolomé, obispo de Laon, que llegaba á ella, y este prelado distinguiendo la calidad de aquel hombre bajo un vestido menos que popular, le saludó con cierto aire de interés y quiso saber quién era. Lleno de gozo por haberse encontrado con el hombre apostólico de quien tanto habia oido hablar, le prometió proporcionarle la audiencia que él deseaba y le volvió consigo á Reims. Calisto le vió en efecto, le trató con bondad, le aseguró que despues del concilio pasaria á Laon donde le oiria despacio, y le recomendó á Bartolomé quien le tuvo en su compañía todo el tiempo que duró el concilio, llevándolo despues á su diócesis en tanto que llegaba el Papa. No tardó mucho en verificarse esto; pero en el corto intervalo que medió, supo el obispo Bartolomé el aprecio que merecia su huésped; y así, cuando llegó el Papa, no se trató mas que de fijar á Norberto en la diócesis de Laon por la autoridad del Sumo Pontífice. Se le ofreció una iglesia de San Martín situada en el arrabal, y servida por algunos canónigos; pero costó mucho trabajo el hacérsela aceptar, de suerte que solo la obediencia pudo vencer el atractivo que para él tenia la soledad; mas en medio de esta obediencia puso por condicion que aquellos canónigos habian de seguir su modo de vivir, lo cual ellos ni aun se atrevieron á intentar, atemorizados del cuadro que les diseñó y de la sola vista de su persona.

El obispo de Laon queriendo absolutamente retener una persona tan santa, y viendo por otra parte su afición á los lugares solitarios aptos al recogimiento, le con-

dujo inmediatamente, despues que partió el Papa, á diferentes parajes de su diócesis para que eligiese una habitacion conforme á su gusto en que pudiese fijarse perpétuamente. Despues de haber recorrido muchos sitios desiertos, cuando llegaron al mas áspero de todos, llamado Premostre, á la primera vista exclamó el Santo usando de las palabras del Salmista: *Este es el lugar de mi reposo*. Luego añadió: *Un pueblo de religiosos encontrará aqui su salud*. En muy poco tiempo se vió con trece discípulos del estado eclesiástico con muchos legos; y tales fueron las primeras columnas del orden premostratense. Queriendo conciliar las funciones del apostolado con el recogimiento de la soledad, escogieron la regla de San Agustín y el hábito blanco, que era el de los antiguos canónigos; pero le hicieron todo de lana tosca, sin mas lienzo que el de la sobrepelliz ó roquete, á fin de celebrar el oficio divino con la decencia que este orden ha observado siempre con esmero. Aquellos primeros fundadores no se desdeñaban de ningun trabajo por mas vil que fuese: guardaban un silencio continuo, no hacian en tiempo alguno mas que una sola comida al dia, y sin embargo ejercian la hospitalidad con una santa profusion. Despues de haberse probado algun tiempo para este género de vida, el dia de Navidad del año 1120 hicieron su profesion solemne con promesa de estabilidad.

Dios echó tantas bendiciones á este orden naciente, que treinta años despues contó cerca de cien abades en el capítulo general. En lo sucesivo llegó á haber hasta mil abadías de hombres, sin contar trescientos prebostazgos; quinientas abadías de mugeres y muchos prioratos (1). Los príncipes, los señores y los obispos se empeñaban en dar tierras para establecer en ellas tan santos religiosos: solo el obispo

(1) Bolland. tom. 1 jun. pag. 819.

de Laon les fundó cinco abadías en la estension de su diócesis. Godofredo, conde de Capenverg en Westphalia, á la edad de veinte y cinco años abrazó este instituto, le dió todos sus bienes, y fundó en Capenverg un monasterio famoso, que fué despues cabeza de otros muchos: murió cinco años despues en 15 de enero de 1127, dia en que la Iglesia le honra como bienaventurado. Tibaldo IV, conde de Champaña, estremadamente movido por este ejemplo se determinó á imitarle, y á dar á Norberto los condados de Chartres y de Blois que le pertenecian; pero el Santo, considerando delante de Dios que un señor tan poderoso y cristiano haria todavia mas bien en el mundo que en la Religion, olvidó todo interés propio y obligó al conde á conservar su poder para proteger constantemente la causa y los individuos de la Religion de Jesucristo.

Las mugeres que se alistaron en este nuevo instituto fueron por el pronto colocadas en edificios anejos á los monasterios de los hombres, pero exactamente cerrados. No se las hablaba sino por una ventana en presencia de testigos de confianza y sobre cosas de su oficio, todas relativas á las necesidades de los hermanos; porque despues de rezar el oficio de la Virgen y algunas otras oraciones, se ocupaban en hacer ó componer los vestidos de los religiosos, y en lavar la ropa de la sacristia; mas bien pronto se conoció que no hay precauciones que sean bastantes contra las menores ocasiones cuando son frecuentes. Para evitar las consecuencias de la relajacion que se introdujo á poco tiempo en la clausura, se mandó en un capítulo general no recibir religiosas en el recinto de las abadías de los hombres; y en consecuencia se asignaron á todas las hermanas sin escepcion monasterios particulares en que se las puso el coro que antes no tenian.

El Papa Calisto, antes de dejar la Francia, se abocó en Gisors con el rey de Inglaterra su pariente, para tratar de lo que importaba al bien de aquella Iglesia: volvió á pasar por Paris, desde donde el rey Luis el Grueso y la reina Adelaida, sobrina del Pontífice, con la mayor parte de los señores franceses le acompañaron por honor hasta Corbeil; tomó el camino por la Borgoña, y queriendo hacer brillar algun rayo de su nueva gloria sobre la Silla de donde habia pasado á la Cátedra de San Pedro, concedió á aquella antigua capital del reino de Borgoña la primacia no solo sobre el Delfinado y la Provenza, sino tambien sobre las provincias de Bourges, Burdeos, Auch y Narbona; y como los arzobispados de Narbona y Bourges tenian título de primados, el de Viena á quien se les sometió tomó el de primado de los primados (1). Pero esta concesion, que apenas tenia otro fundamento que la predileccion, tampoco tuvo mas efecto que este título pomposo; solo los obispados de Dió y de Viviers permanecieron sometidos á la metrópoli de Viena, la que de este modo los adquirió de la de Arlés.

Desde que Calisto entró en Italia, los pueblos corrieron en tropel á rendirle los homenajes como á Pontífice legítimo, y á ofrecerle sus servicios. Las tropas toscanas se juntaron á las procesiones que fueron á recibirle en esta provincia. Las de Roma se adelantaron á su encuentro hasta tres jornadas de distancia, dándole pruebas del deseo que tenian de vengar sus agravios que no distinguian de los de la Iglesia. Entró por fin en la ciudad en 3 de junio de 1120. El antipapa se habia retirado á Sutri, resuelto á defenderse bien en aquella fortaleza, esperando socorros del emperador. Calisto, despues de haberse detenido cerca de un mes en Roma ganando todos los corazones con aquellas nobles gracias y los demas medios

(1) Marc. de primat. Lugd. num. 132 et 133.

B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.